

CRONICA DEL AFRICA NEGRA

La situación de subversión racial —expresa o latente—, que como destacada característica común conmueve todo el Africa Negra, se presenta bajo multiplicidad de formas y con intensidad muy diversa en las distintas regiones. La compleja combinación de factores de los que la situación actual es resultante, no puede fácilmente ser reducida a conceptos generalizadores. El conjunto de tan variados elementos cooperantes tiene que resultar necesariamente rico en matices diferenciadores.

Considerada en bloque, la situación es comúnmente presentada como efecto natural de un choque de culturas en distinto grado de evolución: la europea y la negroafricana. La cultura más elemental debe sucumbir fatalmente. Y la futura existencia de los pueblos negros debe ser conformada según el imperativo de las formas de la cultura europea. Es considerado incluso como un deber ineludible la expansión de estas formas. Y bajo la justificación de «hacer partícipes a los pueblos atrasados de las conquistas de nuestra civilización», se inició la explotación económica del Africa Negra.

Pero la idea de choque no responde exactamente a la realidad. Pues ello implicaría una mutua conmoción, y en este caso la conmoción sólo ha sido sufrida por los pueblos africanos. Nuestra cultura sólo en zonas periféricas ha sido hasta el momento presente afectada por el influjo negro (1), mientras el mundo negro africano ha recibido un duro embate que ha conmovido los cimientos de su existencia tradicional.

Lo ocurrido ha sido la irrupción de una cultura dinámica y dominadora sobre otra inerte y estática. Y el hecho de que la cultura dominadora haya entrado en una fase de vertiginosa

evolución hacia ignorados objetivos, matiza especialmente la situación.

Pero esta irrupción, aun cuando haya sido realizada bajo un denominador común, no ha presentado caracteres de uniformidad. En este sentido hay que tener presente los siguientes factores :

1.º La variedad del medio. Bajo el común concepto de lo negroafricano se cobija una multiplicidad cultural difícilmente encuadrable. Diferencias considerables existían, y existen, entre los distintos grupos étnicos y su manera de comportarse. Y no sólo en relación con los manifiestamente considerados fuera de la gran masa negra —pigmeos, hotentotes o bosquimanos—, sino incluso entre los comprendidos dentro de esas vagas denominaciones que unifican amplios sectores del confuso hormiguero (ej. : entre un Zulu y un Fang, ambos dentro del grupo bantú).

2.ª La diversidad de formas que reviste la actuación colonizadora. Formas que encuentra su expresión en dos vagas fórmulas : regulación directa y regulación indirecta, con variadas combinaciones intermedias. Es decir, o se acepta el hecho de la no viabilidad de las formas tradicionales tras la embestida de nuestra irrupción, y en consecuencia se pretende reconstruir la sociedad indígena con arreglo a las ideas vigentes en nuestro medio, o bien se deja a las poblaciones autóctomas busquen por sí solas un nuevo equilibrio de convivencia en que encajen las perturbaciones disociadoras que la permanente interferencia del elemento colonizador —casi exclusivamente preocupado de sus intereses económicos— le ocasione. Claro está que cualquiera haya sido el criterio a que la potencia colonizadora haya ajustado o pretendido ajustar sus actuaciones, lo decisivo ha sido siempre la relación humana directa entre colonizador y colonizado. En este sentido, podíamos hablar de un tacto para la convivencia interracial que no todos los pueblos europeos poseen en igual grado.

3.ª El «tempo» de penetración y la duración del contacto. Las zonas costeras, localización de los primeros estable-

cimientos europeos, han sido sometidos a un influjo desintegrador más continuado que las zonas internas. Estas, en general, conservan sus formas tradicionales de existencia, aun cuando seriamente resquebrajadas por nuestra influencia.

Los tres factores reseñados no pueden estar ausentes al considerar la múltiple sucesión de acontecimientos en que se desmenuza esa grave inquietud que estremece toda el Africa.

El hombre blanco, en esto, como en todo, ha desatado fuerzas que escapan cada vez más a su dominio. La gran crisis de las naciones colonizadoras repercute necesariamente en los pueblos colonizados. Cada vez le es más difícil dominar una situación que él mismo imprudentemente provocara. El prestigio racial que como un nimbo le rodeara en sus primeras actuaciones, se ha ido volatizando como resultado de una prolongada convivencia. El negro empieza a despreciar nuestra cultura, de la que sólo zonas periféricas le han sido prestas en contacto.

Las formas provisionales de convivencia social o de reajuste en los círculos negros no presentan muestras de viabilidad. Bajo el signo de lo efímero, se desenvuelve la vida africana. No se vislumbran las bases de un nuevo equilibrio. Sólo ensayos, múltiples ensayos, alguno —ya aludíamos a ello en nuestra crónica anterior— en cierto sentido prometedores. Pero el panorama general es caótico y poco esperanzador.

Al cobijo de la Paz Europea, y bajo la presión principalmente de las exigencias económicas derivadas de la colonización, se ha desdibujado la distribución espacial de las distintas agrupaciones originarias. El entremezclamiento de elementos de diversas procedencias ha complicado notablemente el panorama. Esta coexistencia espacial adopta numerosas modalidades, fundamentalmente tipificables en las dos siguientes:

a) La aglomeración de elementos de distintas procedencias en determinados núcleos. El motivo polarizador puede estar constituido por un centro urbano de destacada importancia económica o por una gran empresa.

b) La infiltración en un grupo determinado de individuos pertenecientes a grupos ajenos, provocando con ello las consi-

güentes reacciones defensivas (la reacción yoruba contra la infiltración ibo, es buen ejemplo de ello).

En el primer caso, encontramos una masa informe, desvinculada de sus círculos de procedencia, a la deriva de momentáneas apetencias. Perdido el respeto al colonizador —numerosos ex combatientes de color actúan en este sentido de eficaz fermento—, y sin minorías negras que pudieran subrogarse el papel rector, estas masas resultan tan dócil instrumento a la actuación de agitadores, cuyas conexiones con poderes extranjeros, no son en la mayoría de los casos difíciles de vislumbrar.

Hay un cierto pudor colonista, y las noticias que del mundo negro nos llegan intentan atenuar los hechos de posible trascendencia. Las naciones que sobre considerables espacios de tierra africana ejercen su soberanía no tienen interés en la divulgación de acontecimientos que pudieran ser expresivos de su fracaso colonizador. Podríamos hablar con referencia al África Negra de una especie de conspiración del silencio.

Se estima el actual estado de cosas producto de una situación de desequilibrio pasajero y dócil a los remedios proyectados: Grandes planes económicos de movilización de los grandes recursos potenciales, que al mismo tiempo eleven el nivel de vida material del indígena —premisa considerada indispensable para la elevación espiritual— y repongan las deterioradas economías metropolitanas. Incorporación paulatina del indígena a los puestos directivos, a fin de apaciguar los exacerbados nacionalismos incipientes y preparar los cuadros rectores para una futura y más o menos próxima autonomía. Activación de la instrucción del indígena, aumentando para ello las posibilidades presupuestarias. Declaraciones de igualdad social y condenación de las barreras de color que los usos sociales han introducido, etc.

Pero todo ello tiene escasa efectividad en el campo de lo real. Los planes de elevación del nivel de vida material son a largo plazo y las urgencias metropolitanas no permiten que los primeros frutos redunden en beneficio del indígena; la incor-

poración de los negros a los puestos de mando no pasa generalmente de simulacro, y cuando tiene alguna efectividad da, salvo contadas excepciones, malos resultados; el número de centros de enseñanza es, en proporción con la población, irrisorio; las barreras subsisten de hecho.

Pero aun cuando pudieran lograrse los fines propuestos, el África Negra no habría —al menos en los sectores dominados por las llamadas grandes potencias— de encontrar cauces sosegados. Dos factores de desasosiego influyen en ello: Uno interno, ocasionado por la equivocación en bloque del sistema colonizador seguido que —como hemos apuntado anteriormente— ha trastornado todo el sistema existencial del negro sin procurar las bases necesarias para su sustitución, y otro externo, derivado de la situación de provisionalidad y expectativa bélica en que el mundo vive; lo que impide la cimentación de un orden internacional estable, al subordinar, no siempre conscientemente, todas las demás cuestiones a la alineación de elementos y toma de posiciones para la pugna definitiva. Y por esto la continua agitación desintegradora, el continuo azuzamiento de bajos instintos, que desarrolla uno de los contendientes con vistas a la previa debilitación del presunto bloque enemigo (2).

Ha sido en Costa de Oro donde la exteriorización de este desasosiego subversivo ha adoptado formas de máxima virulencia. Akra, Kumasi y otros centros han estado varios días a merced de las turbas amotinadas. Las tropas locales se mostraron ineficaces en la represión —esta solidaridad racial agrava especialmente el caso—, y gracias a la intervención coercitiva de elementos exteriores pudo conseguirse un provisional apaciguamiento. Numerosos muertos —veintiséis es la cifra oficialmente publicada—, centenares de heridos, saqueos, incendios y devastaciones de todo género ha sido el balance de los sucesos. Con motivo de una manifestación de *ex servicemen* se iniciaron éstos, y el malestar económico ha sido predominantemente motivo incubador.

Pero todo se presenta oscuro y, al parecer, las responsabilidades están muy diluídas. Aun cuando, si se quisiera ver cla-

ro, no sería difícil concretar la principal directriz de instigación.

Perturbaciones de variada índole podemos registrar en todo el ámbito africano. Referidas unas veces a las actividades de sectas o sociedades secretas (en Kiambu los partidarios de la secta «Pueblo de Jesucristo» asesinaban a tres policías; en Kavirondo una docena de miembros del «Culto de los Buenos Espíritus» resultaban muertos al reprimir sus actividades la policía, etc.), y otras veces a partidos políticos o sindicatos laborales, cada vez más numerosos (las continuadas huelgas de ferroviarios del A. O. F., los disturbios de los centros mineros y ferroviarios de Rhodesia, las continuas agitaciones y frecuentes tumultos del hormiguco nigeriano, etc.). Aun cuando frecuentemente ambos factores se interfirieran y amalgamen.

Los órganos de expresión proliferan, tanto en el idioma vernáculo como en el del colonizador. Hay que registrar un nuevo semanario *efik*, *Obodon Edem Ushiaba Utin*; otro en la Costa de Oro, *Star of West Africa*, y otro en Leopoldville, *Kinshasa*, entre los varios que han venido a sumarse a la numerosa serie existente.

Y, por último, es interesante consignar el hecho de que sean las colonias portuguesas o nuestras reducidas posesiones las menos alcanzadas por el general desasosiego. Si alguna inquietud subversiva se registra es bajo formas muy atenuadas. Si relacionamos esto con lo anteriormente consignado acerca del tacto humano que la colonización exige, podemos extraer muy halagadoras consecuencias.

LUIS TRUJEDA INCERA.

NOTAS

(1) Acaso se insinúan ya influencias más profundas bajo modalidades que tengan realización en un futuro no lejano. En este sentido el negro americano pudiera ser considerado como vanguardia. Pues en el gran vacío vital que el anquilosamiento de nuestra civilización, cada vez más esclavizada por el progreso técnico, produce, puede infiltrarse el ímpetu vital del negro. Como ejemplo, los siguientes párrafos de un artículo de H. Panassie: «Dans notre orgueil nous croyons que nous apportons aux Noirs les bienfaits de la civilisation. En réalité nous leur apportons la lettre de cette civilisation sans son esprit. Nous leur apportons une civilisation formaliste, pétrifiée, non une civilisation vivante.» «Mais notre apport spirituel! Ici, nous ne donnons, neuf fois sur dix, que des exemples de corruption ou de déliquescence.» «Non, ce n'est pas nous qui avons à communiquer nos richesses. Nous ferons mieux de recueillir celles que les noirs peuvent nous donner par leur manière de vivre, sans s'en s'apercevoir.»

(2) Más importancia que la labor de agitación que los agentes directos -- de cualquier nacionalidad -- realicen probablemente sin otro plan que la agitación en sí, tiene la actuación indirecta influyendo sobre determinadas ideologías o situaciones pasionales subjetivas, y cuyos vehículos realizan, consciente o inconscientemente, una considerable preparación previa que facilita la atracción de los agitadores. ¿Qué otra cosa significan, por ejemplo, los libros *Crisis in Kenya*, de Aaronavitch, y *Whiter South Africa*, de Wolton, por no citar más que dos ejemplos entre los numerosísimos que a nuestra consideración se ofrecen.

